

Homenaje a Manrique, 80 años

La historia como obra de arte

Álvaro Matute

Considerado una autoridad internacional en el campo de la restauración de inmuebles históricos, Jorge Alberto Manrique dictó en 1969 una conferencia en la que compartió la mesa con jóvenes promesas en esta disciplina. Ahí estuvo el ahora doctor Álvaro Matute, autor de La teoría de la historia en México, quien recuerda el episodio para conmemorar los 80 años de vida del también académico y crítico de arte.

Tal vez sea demasiado pretencioso comenzar con una cita de Heidegger: “El arte pone en operación la verdad de los entes, porque permite brotar a la verdad. Entendiendo por verdad el desocultamiento del ser” (*Arte y poesía*). Viene a cuento porque en 1969 Jorge Alberto Manrique, que había sido mi maestro tres años antes, o sea hace cincuenta, presentó una ponencia en la III Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos celebrada en Oaxtepec poco después del Día de Muertos. Fueron ponentes en ese importante congreso los historiadores jóvenes, que apenas habían rebasado los treinta, pero que ya eran algo más que promesas: Florescano, López Austin, Josefina Zoraida Vázquez, etcétera. Los ya suficientemente probados fueron comentaristas y, quienes ya podían ser considerados vacas sagradas, pre-

sidentes de mesa. Los principiantes teníamos la misión de hacer la relatoría.

Jorge Alberto Manrique fue el ponente de la mesa sobre historiografía novohispana. Yo fungí como relator, lo que me hizo llegar con la ponencia leída y tomar nota de las discusiones a partir de ella. “La época crítica de la Nueva España a través de sus historiadores” fue un ensayo sorprendente y novedoso. Desde sus prédicas a partir de los años cuarenta el transterrado Ramón Iglesia y nuestro Edmundo O’Gorman habían insistido en que la obra histórica era un fin en sí misma y no una cantera de datos, esto es, reivindicaban su lectura integral y no sólo su consulta: abro el libro, encuentro el dato y lo cierro. Enseñaban a valorar al autor por lo que decía y no por sus aciertos puntuales. Ellos predicaron con el

ejemplo, pero este no había cundido lo suficiente. Manrique tomó la estafeta y abordó a tres historiadores de finales del siglo XVI que aparentemente no tienen nada en común, salvo el ser coetáneos: fray Agustín Dávila Padilla, cronista dominico; Diego Muñoz Camargo, historiador tlaxcalteca, y Baltasar Dorantes de Carranza, descendiente de conquistadores. Sus crónicas, por el objeto de estudio, son totalmente disímbolas. La virtud de Manrique radicó en irse más allá de lo inmediato y encontrar actitudes y expresiones convergentes. Así, la evocación de un paraíso perdido, la búsqueda milenarista, la gran culpa, la sensación de desposeimiento y la alabanza de la tierra. Esos cinco temas desprendidos de los tres libros hacen a sus autores ser contemporáneos de su propia historia, decir a partir de lo que cuentan de tres pasados diferentes: la evangelización de los dominicos, la historia de Tlaxcala, antes y después de la Conquista, y la Conquista misma, seguida de lo que pasó después a lo largo del siglo. Los llevan a expresar la búsqueda de su ser, que los hace evocar un pasado glorioso, pero teñido de culpabilidad por lo destruido, al tiempo que gozaban de una naturaleza pródiga pero que no les acababa de pertenecer, de ahí su deseo de buscar una historia que nunca llegó a estar ahí.

En un acertado golpe de audacia, Manrique ve a los tres autores en su contemporaneidad manierista, al lado de grandes personajes como el príncipe de Dinamarca y Segismundo. Dio una gran muestra de cómo el arte y

la historiografía, al ser representaciones, expresan una verdad íntima, más allá de los asuntos que traten. Estos dan lugar a los verdaderos temas, aquellos en los que se les iba la vida a los autores, que en sus respectivas crónicas expresan satisfacciones e insatisfacciones; lo que hicieron sus ancestros inmediatos, frailes evangelizadores, tlaxcaltecas aliados a los conquistadores y estos mismos, pero cuya herencia no llegó al presente, a *su* presente, en el cual sentían que otros habían aprovechado el esfuerzo anterior, ajeno. Evocan y reprochan, anhelan y lamentan, son y dejan de ser.

Por entonces Manrique maduraba sus trabajos sobre el manierismo que en sus clases de la materia Reforma y Contrarreforma le escuchábamos y en sus análisis del arte de los últimos días del siglo XVI y el inicio del XVII comenzaba a fundamentar. La ponencia de Oaxtepec lo llevó a emparentar a tres cronistas-historiadores con las obras aceptadas como arte en plenitud. Fiel a la enseñanza de Iglesia y O’Gorman, mostró el valor en sí mismo de las obras historiográficas, leyó entre líneas lo que las tres escogidas le dieron y las sacó de los polvosos estantes a los que se acude para consignar cuándo fue fundada una población o quién ofició la primera misa en una localidad. No toda historia alcanza esa dignidad, sólo aquellas que desocultan el ser y ofrecen su autenticidad.

Durante mi magisterio siempre tuve presente esa enseñanza. **u**

© Rogelio Cuellar



Jorge Alberto Manrique